

Ahora Riaza lucha contra los dioses (*In memoriam* Luis Riaza, 1925-2017)

Dicen que cuando naces empiezas a morir. Si esta antigua idea es cierta, entonces mi padre murió durante noventa y dos años. Pero solo vivió noventa. Los dos de diferencia los pasó esperando el viaje a lo que él mismo llamaba los redondeles de su averno, después del ictus que en 2015 le quitó, ironías de los dioses o del cerebro humano, el don de la palabra.

En las necrológicas Riaza aparece como dramaturgo. Es un autor difícil, y no tuvo (ni, por otra parte, buscó) el reconocimiento del gran público; puede que estas líneas acerquen a algún nuevo lector a su obra, que con toda seguridad no le dejará indiferente. En cualquier caso no me considero capacitado para hablar de su teatro, ni quiero hacerlo, porque hay opiniones infinitamente más fundadas que la mía, como las de Pedro Ruiz Pérez o Carole Egger, eruditos e íntimos amigos suyos, la de Luis Vera, director y también amigo, o la de Francisco Ruiz Ramón, por citar otro nombre de prestigio con el que no tuvo lazos de amistad. No: lo que quiero apuntar aquí es la naturaleza colosal e inverosímil de la persona y, a la vez, dar con ello una visión indirecta del origen vital de su literatura; y quizá este retrato íntimo pueda también suscitar algún interés en aquellos que lean esto sin conocerle como escritor.

Podría intentar describir algunas de sus muchas vidas: el teatro, claro, pero también la literatura en general, la montaña, el arte, los viajes, El Escorial, Gijón, París, por mencionar solo unas pocas. Podría también decir, por ejemplo, que fue un prodigio de desorden, que nuestra casa de la calle Nieremberg ha sido durante más de medio siglo biblioteca de miles de títulos mágicos dispuestos en estricta y genial anarquía, impresos en lomos de libros que yo leía en vertical mientras desayunaba y que se me han quedado grabados en la memoria desde hace cuarenta años; me vienen a la cabeza *Redondela*, *Imagen del Perú*, *Lao-Tse/Tao Te Ching* (e intentaba yo de niño adivinar cuál sería el autor y cuál el título), *La séduction du Minotaure*, *Arte de Papúa y Nueva Guinea*, *Utópicas: juegos de espacios*, *Mishima o la visión del vacío*, *La condición humana* (que luego resultó ser la mortalidad, o más precisamente la conciencia de nuestra condición mortal: viene ahora a cuento), *Los Beatos de Liébana*, *Turner*, *Ceremonias*, *Le Codex Mendoza...* Qué mundos serían esos, me preguntaba yo a los diez años. Se ubicaban entre cuadros, máscaras, relojes, lámparas, botes de pinceles, pequeños cofres, *collages*, pájaros en dos y tres dimensiones y representaciones de otros animales reales o míticos de todo tipo y dimensión, creaciones no solo inclasificables sino, más aún, indefinibles; en casa aparecían maderas o trapos que días después se convertirían en objetos imposibles colgados de una pared y nacidos viejos. Podría contar mil cosas de mi padre.

Pero creo que hago justicia a su personalidad singular si lo que esbozo son los grandes conflictos de su vida. Reelaboró lo que llamaba el “pentaconflictorio” de su admirado George Steiner, cinco conflictos que definen lo esencial de la vida humana y que él mismo puso en práctica apasionadamente (cuento la versión de mi padre, así que

cúlpenle a él de las imprecisiones). El primero es el del hombre contra la mujer: y me acuerdo, claro, de mi madre, Lola, con quien estuvo cincuenta y tres años casado, hasta la muerte de ella en 2006. Siguiendo en cierto modo la cronología familiar, y no sé si el propio orden de Steiner, el segundo conflicto es el de los jóvenes contra los viejos, y este lo vivimos sus cinco hijos en mayor o menor medida; siempre, obviamente, desde el lado de los jóvenes. Él también fue joven y en su momento pelearía en ese bando. Yo llegué tarde para verlo, pero como mi padre siempre entreveró vida y literatura me hago una idea a partir de algo que escribió en 1966 y que encontré hace unos días en el fondo de un cajón: “Sospecha Sartre, en *Les mots*, que quizá escribió sus libros con el propósito subconsciente de abatir los párpados de su abuelo [...] sobre la mirada irónica mediante la cual el viejo entrecomillaba sus intentos de escritor incipiente.” Fuera de contexto, estas palabras, que forman parte de unas acotaciones (inéditas) a un artículo de Arrabal, quizá digan poco o nada. *Les mots* es el último libro que mi padre, ya con los noventa cumplidos, me dijo que salvaría de la quema universal si tuviera que escoger solo uno (digo el último porque en otros momentos de su vida eligió muy diferentes títulos al contestar a esa tonta pregunta mía; de hecho no sé si llegó a darme dos veces la misma respuesta). En cualquier caso y por la parte que nos toca estos dos conflictos quedarán, como suele decirse, en la intimidad familiar.

Pienso que el conflicto favorito de mi padre fue el tercero: el del individuo contra la sociedad. Luis Riaza fue un creador, un espíritu libre, independiente e irreverente, ajeno a cualquier convencionalismo o formalidad, ateo, apátrida de vocación, algo ingenuo a su modo y solo a veces, una fuerza de la naturaleza siempre. Los noventa años que vivió los vivió a pleno pulmón pese a su bronquitis crónica, contra todo y contra todos. Baste como ejemplo (verídico) contar que en una ocasión lo echaron, con buen criterio, de un pueblo de los Picos de Europa –los Picos– por pronunciarse insistentemente en el bar contra la carretera que se planeaba y que habría de conectar por fin ese remoto lugar con el resto del mundo, de acuerdo con el comprensible deseo de sus impacientes habitantes; sostenía mi padre, por contra, que la carretera solo serviría para llenar aquello de turistas. O, puestos a imaginar, en el tanatorio todo el mundo suscribía que, de poder hacerlo, recibiría los ramos que le llegaban con un rotundo “¡mierda de flores!”; y no por falta de lustre de las mismas, que eran bien bonitas, sino por su aversión a toda etiqueta. Pese a ello se las pusimos, sabiendo que en el fondo le gustarían, al menos como símbolo ritual: flores para los muertos, como en la macabra cancioncilla que todavía resuena en el cuarto de estar y que él situaba erróneamente en la famosa película que no dirigió Orson Welles, *El tercer hombre*, esa que termina con Alida Valli dejando plantado pero en perfecta perspectiva a Joseph Cotten ante la mirada atónita de mi madre (quien, como todos sabíamos, amaba en secreto a Cotten). Procede decir que, a pesar de todo, la gente le quería, como me recordó Jerónimo López Mozo en el propio tanatorio.

El cuarto conflicto es el de los vivos contra los muertos. Siempre tuvo miedo a la muerte, que tomó tantas formas en sus piezas: Madame LaMort, Ella, la Malhuele, la Madama de la Casa de Putas Muertas, y muchos otros nombres que no quiero buscar en sus obras porque para mí la fuente de este escrito son los recuerdos y no los textos, palabras que

yo oía por el pasillo o en el cuarto de estar o en el de estudio, o veía en la pantalla de su siempre viejo ordenador, o encontraba en papeles que él dejaba aquí y allá, para desesperación de mamá y regocijo de los ácaros a los que de esta forma alimentaba y que le tuvieron toda la vida estornudando; referencias que conozco de oídas y que puedo citar mal. En los últimos tiempos el cuarto conflicto llenó el espacio de todos los anteriores, y tal vez esto ocurra siempre. Diríase que él llevaba las de perder, pero incluso durante los meses finales, cuando seguía muriendo sin estar ya vivo y sin saber bien, por tanto, en qué bando luchaba, hizo otra vez gala de su resistencia inquebrantable: sobre zancos ya más largos que los del mismísimo duque de Guermantes aguantó valientemente y en silencio esa pelea, que en conjunto se extendió durante más de año y medio, hasta la madrugada del pasado 9 de abril.

Pero la historia no acaba ahí. El quinto y último conflicto es el de los hombres contra los dioses. Siempre he pensado que en realidad este nunca lo conoceremos, porque la representación de los hombres en esa lucha la creo reservada a los muertos. Solo lo podemos imaginar y, así, le imagino bregando ahora en ese quinto conflicto tras resolver por fin el cuarto, vociferando contra los dioses, discutiéndoles el que solo ellos puedan perdonar; buscando venganza, entre otras cosas, por estos dos años que ha tenido que morir (ya que no vivir) en silencio, o por las dificultades, más antiguas, para encontrar luz y tiempo para escribir, léase por ejemplo en los trenes nocturnos en los que viajaba como ambulante de Correos. En los últimos momentos en que lo vi muerto, muerto de verdad, ya con Ella y apenas minutos antes de que lo incineraran, se me confundieron en la cabeza las imágenes de los cadáveres de Rasputín y de Lenin: “¡Joder, pareces un zar!” le dediqué como improvisado adiós. Involuntariamente irónica, esa atribulada despedida habría sido más apropiada para cualquiera de los otros dos, pero el caso es que lucha ahora con la fuerza de ambos, y con la de Eliot y Joyce y Beckett y Rimbaud y Rilke y Kavafis, y la de Alida Valli y Josef K, y la del Marat/Sade y sus locos, y la de Prometeo y Antígona y Edipo, y la de Doc Savage, pues también fue niño, y con la fuerza que arrastra el carro de las meretrices ambulantes, y con la de aquel japonés que, según me contaba él mismo, decidió seguir subiendo el K2 avisado por radio de que, si lo hacía, no volvería (y no volvió); y aún la fuerza de los dos Sartre, la energía con la que el nieto abatirá los párpados del abuelo Schweitzer y la propia mirada irónica del viejo, con la que ahora Riaza entrecomilla estas páginas que le recuerdan. Tiemblen los dioses, pues será capaz de echarles del Olimpo.

Mi padre escribió un epitafio. Lo incineramos, como él quería, y no tendrá sepultura ni habrá piedra en la que puedan leerse esas palabras. Me parece coherente que ese epitafio quede también en la intimidad, en el aire de los Picos donde caminarán sus cenizas, lentas como él mismo. Leerlo me hizo recordar el Canto CXX de Ezra Pound, ese tan breve y que tanto le gustaba. Si Pound intentó escribir el Paraíso, mi padre desbrozará a voces el Infierno, con la ayuda de tantos otros. Y de sus escritos, de la persona o incluso de esa lucha que libra ahora, puede que en el futuro quede algún eco. Para expresarlo mejor, le traiciono un poco rescatando una de las posibilidades de ese epitafio no inscrito: quizás, revueltas con el viento, de él os llegarán palabras.

Ricardo Riaza
Mayo de 2017